

A man is seated in a red armchair with a floral pattern. He is wearing a white shirt, a yellow vest, and black boots. The background is a plain, light-colored wall. The floor is made of dark wood planks.

UN DUQUE SIN HONOR

Olivia Ardey

Un duque sin honor

Olivia Ardey

Esencia/Planeta

© Olivia Ardey, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Sophie Guët
© Imagen de la cubierta: Kathysg /Depositphotos
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-08-24390-8
Depósito legal: B. 3.588-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Malas noticias*

Darnell retiró el visillo del salón y observó cómo el lacayo, que acababa de llegar con tan malas noticias, se alejaba de la mansión sorteando los carruajes de pasajeros y carros de reparto que a esas horas atestaban Regent Street. Eran las doce y las calles bullían de actividad con el trasiego matinal. Todo Londres había amanecido hacia una eternidad, salvo aquella casa.

El mayordomo se apartó del ventanal y, murmurando un juramento, pensó en las ganas que tenía de abandonar aquel lugar. Mediodía y, como era habitual, el señor aún permanecía durmiendo en sus aposentos.

Y acompañado.

En la peor de las compañías, rectificó Darnell para sí. Detestaba presentarse en el dormitorio de su señor, imaginando la escena que iba a presenciar. El mayordomo dudó durante un segundo a la vez que contemplaba la carta que tenía en la mano, y se encaminó hacia la escalera. Era su

deber, se dijo depositándola sobre una bandejita de plata y emprendiendo los escalones con energía. No le quedaba otra, el duque —sí, ahora el título le pertenecía y tendría que acostumbrarse a llamar así al señor— debía conocer de inmediato la luctuosa noticia.

—Lord Damien, duque de Kedwell —murmuró, hablando consigo mismo.

El señor ya no era lord Damien Murray, sino el flamante duque de Kedwell, se repitió mentalmente. No debía olvidar el tratamiento. Lo mereciese o no, le correspondía. Aunque, dada la actitud y estilo de vida poco honorable de quien ya, como legítimo heredero, ostentaba ese título, definitivamente iba a ser un duque sin la conciencia del honor que se le supone a un miembro de la nobleza.

Darnell pensó en el viejo duque. Aunque no llegó a conocerlo, los cotilleos entre el servicio eran algo común y todo Londres sabía que jamás quiso a su hijo. Lo odiaba, o eso se decía. Desprecio que era mutuo, dado que su joven y alocado vástago jamás nombraba a su progenitor en presencia de la servidumbre. O lo que era lo mismo: ni en su presencia, ni en la de su querida Mildred, ni en la de Adeline, la doncella que hacía las veces de fregona. Un escueto plantel de personal para una casa como aquella, pero de todos era sabido que el señor carecía de rentas vitalicias y no podía permitirse más criados que Adeline, él y su espo-

sa, que alternaba las funciones de cocinera y ama de llaves. Nada en aquella casa se ajustaba a las normas de la sociedad. Pocos amos habrían permitido un matrimonio entre sirvientes, pero a su señor poco le importaban las convenciones. A fin de cuentas, «heredó» a los criados el día que ganó la casa en una apuesta de juego.

Al llegar al rellano de la planta noble, Darnell oyó murmullos que provenían de los aposentos del milord y, entre dientes, farfulló una maldición. Él no era como la buena de Mildred, que reconocía dedicar una plegaria por el alma pecadora del joven señor durante el servicio religioso dominical. Ella era de otra manera. A veces Darnell se preguntaba qué extraña razón llevaba a su esposa a mostrar un sentimiento maternal hacia aquel sinvergüenza, y que Dios lo perdonara por opinar así de quien le daba de comer, pero lord Damien lo era.

Quizá el hecho de que ellos dos no hubiesen sido bendecidos con hijos hacía nacer en la buena de Mildred el sentimiento de una madre hacia aquel desdichado que perdió a la suya cuando esta lo trajo al mundo. Imaginó al duque recién nacido, un huérfano recién alumbrado abocado a sufrir el desprecio de un padre que nunca quiso a su hijo por considerarlo el culpable de su desgracia. El mayordomo desechó el incipiente sentimiento de lástima; aquellos hechos pasados no eran excusa. Mucha gente su-

fría penurias y calamidades más graves y no por ello se lanzaba a una existencia disipada.

Darnell titubeó antes de avanzar por el pasillo. Observó la puerta del dormitorio, el corazón de la mansión donde moraba el rey del pecado. Recapacitó sobre la debilidad sentimental de su esposa y se estremeció de pensar en haber concebido a un hijo tarambana como el que yacía a esas horas tras la puerta del fondo. Más que una bendición, un castigo. Habría sido como arrullar, envuelto en mantillas, al primogénito del demonio.

Cuando estuvo frente a la doble puerta de roble, Darnell oyó un gemido femenino. Respiró hondo para armarse de valor y golpeó con los nudillos en dos ocasiones.

—¿Cuántas veces he ordenado que no se me moleste cuando tengo compañía? —rugió desde dentro una voz masculina.

—Señor, le traigo malas noticias —anunció apurado el mayordomo.

—Espero que tengas una poderosa razón para interrumpirnos, Darnell. ¿De qué mala noticia se trata?

—De la peor.

Durante unos segundos, a uno y otro lado de la puerta, reinó un silencio cargado de incertidumbre.

—Adelante, ¿a qué esperas? —exigió—. No me apetece continuar hablando a voces.

—Señor...

—¡Abre de una vez!

Darnell dio un respingo antes de obedecer. Giró el picaporte despacio y entreabrió apenas la hoja. Cuando el lecho quedó en su campo de visión, apartó la mirada de las nalgas desnudas de la pelirroja que yacía boca abajo, tumbada a la derecha del duque. A la izquierda de este, una morena se revolvía con desmadejada pereza para acurrucarse abrazada a su torso velludo.

Darnell clavó los ojos en los de lord Kedwell, evitando así la contemplación de la escena que mostraba aquella especie de lupanar, y maldijo al muy sátiro de su señor por obligarlos a él y a las criadas a pernoctar bajo el mismo techo que aquel par de furcias caras, sin duda pupilas de uno de los más selectos burdeles de la ciudad.

Era evidente que al duque no le pasó desapercibida su expresión reprobatoria, porque sus labios no tardaron en esbozar una sonrisa burlona, a la vez que le sostenía la mirada sin el más mínimo atisbo de pudor.

—Dime, mi fiel Darnell —rogó con un exagerado tono cortés que era puro desafío—. ¿Qué asunto tan importante te trae a visitar la morada del diablo?

Las dos prostitutas rieron el chiste. El mayordomo vio la mano de la pelirroja reptar hacia la entrepierna del amo. Este la castigó dándole una sonora palmada en el trasero.

La joven protestó con un gemido coqueto que escandalizó a Darnell. En vez de dolorida, parecía dichosa con aquella especie de correctivo, tan firme que le había marcado los cinco dedos en la nalga.

—Un lacayo ha traído noticias... —vaciló.

Su tono dubitativo provocó una risotada en su interlocutor.

—No te hagas de rogar, Darnell. —Sonrió con abierta ironía—. No me hagas perder el tiempo, que mis adorables... ¿Cómo os llamabais, preciosidades?

El señor rio como un demonio jocos, mientras Darnell lo maldecía para sus adentros. El muy golfo no recordaba ni sus nombres.

—Estas dos damas —continuó con la vista fija en el sirviente— suelen levantarse con mucho apetito y, como puedes ver —añadió, a la vez que señalaba con la barbilla la mano de la morena, que le acariciaba el torso arriba y abajo—, están ansiosas por devorarme a mí como desayuno.

Darnell decidió zanzar el juego provocador que se traía entre manos.

—Noticias de Teldford Hall —anunció, adusto.

Pudo notar que la mención de su casa natal despertaba en los ojos negros del hombre que tenía enfrente ese brillo característico que, a él en particular, le ponía los pelos de punta.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó; la sonrisa se le borró de golpe.

—Milord, el duque... —trató de no sonar brusco—. Su padre... El duque ha muerto, señor.

Damien Murray se quedó mirándolo con una expresión difícil de descifrar. En cualquier caso, no mostraba compasión alguna.

—¿Cuándo? —exigió.

—Ayer por la mañana. Según me ha informado el lacayo, los detalles se explican en esta carta —continuó diciendo, mostrándole la misiva en la bandejilla de plata.

El mayordomo no añadió nada más; se limitó a contemplar cómo su señor dejaba caer la cabeza en la almohada y se cubría la frente con el antebrazo.

—Condenado viejo —lo oyó farfullar, con la vista clavada en el techo—. Siempre tan oportuno.